

3.

Historia de la agricultura alicantina







3. Historia de la agricultura alicantina

La laboriosidad de los agricultores alicantinos aparece siempre confirmada cuando se analizan sus denodados esfuerzos a lo largo de la historia de esta provincia. Cabe destacar, de entre sus virtudes, la tenacidad, los conocimientos, la receptividad para adoptar las innovaciones en el momento oportuno, cualidades éstas que han logrado situar a la agricultura de la provincia de Alicante en los primeros lugares de España por la cuantía de su producción, por el valor de sus exportaciones, por su capacidad para generar empleo y, en definitiva, por la aportación en sentido amplio al conjunto de la economía nacional.

La agricultura provincial tiene por delante un apasionante futuro que implica un reto en lo que se refiere a la necesidad de ampliar sus mercados, introducir las innovaciones tecnológicas que se vayan produciendo, adoptar las decisiones de inversión más adecuadas, etc. En este complejo contexto, esta modesta aportación pretende contribuir con seriedad a describir cual ha sido el camino recorrido. Se trata de que este trabajo nos ayude a clarificar de dónde venimos y dónde estamos, a poner marco a cuál es el presente. Sin conocer de dónde venimos, difícilmente podemos poner buen rumbo hacia dónde nos dirigimos. Es necesario volver la vista a las raíces para desde ellas actualizar las posibilidades de la economía primaria y descubrir nuevas formas de producir, nuevas formas de hacer, nuevas formas de comercializar, incluso una nueva filosofía de vivir.

En efecto, la agricultura alicantina ha sido capaz de adaptarse a las necesidades de cada período aplicando para ello las innovaciones necesarias. Antiguos monocultivos que caracterizaron amplias comarcas de

la provincia fueron cediendo su dedicación a nuevas actividades. Así, las chumberas, cáñamo, moreras, etc., fueron desapareciendo; e incluso un cultivo de amplia resonancia en esta zona como es el viñedo para vinificación vio cambiar de forma muy radical su distribución geográfica. Podemos hablar, por lo tanto, de cambios constantes en el transcurso de la historia inscritos en el marco de un proceso de intensificación que todavía no ha acabado. Cabe destacar, en este sentido, la espectacular colonización, transformadora del secano en regadío, capaz de abancalar las laderas de las montañas y de establecer los cultivos más dinámicos y las técnicas más innovadoras. Este proceso se ha realizado, en su mayor parte, sin auxilios ni ayudas oficiales, y es una clara demostración del dinamismo de los agricultores de estas tierras.

Aunque la agricultura provincial siempre miró hacia los mercados exteriores, fue la articulación de un mercado internacional como consecuencia del proceso de industrialización y de la implantación de la navegación a vapor lo que supuso un fuerte estímulo para la agricultura provincial, destacando el enorme tirón del cultivo de cítricos y hortalizas. Más recientemente, la modernización de los medios de comunicación terrestres y, en particular, la sustitución del barco por el camión significaron un nuevo paso adelante en la conquista de los mercados exteriores. Se pudo entonces complacer al consumidor mediante el suministro de todo tipo de productos que se situaban en los mercados finales en tiempos cada vez más reducidos. La integración de España en la Comunidad Económica Europea, en 1986, consolidó al país como la “Huerta de Europa”, y en esa consolidación los cultivos alicantinos ocuparon un lugar preferente.



Rasgos generales

3. Historia de la agricultura alicantina - 3.1 Rasgos generales

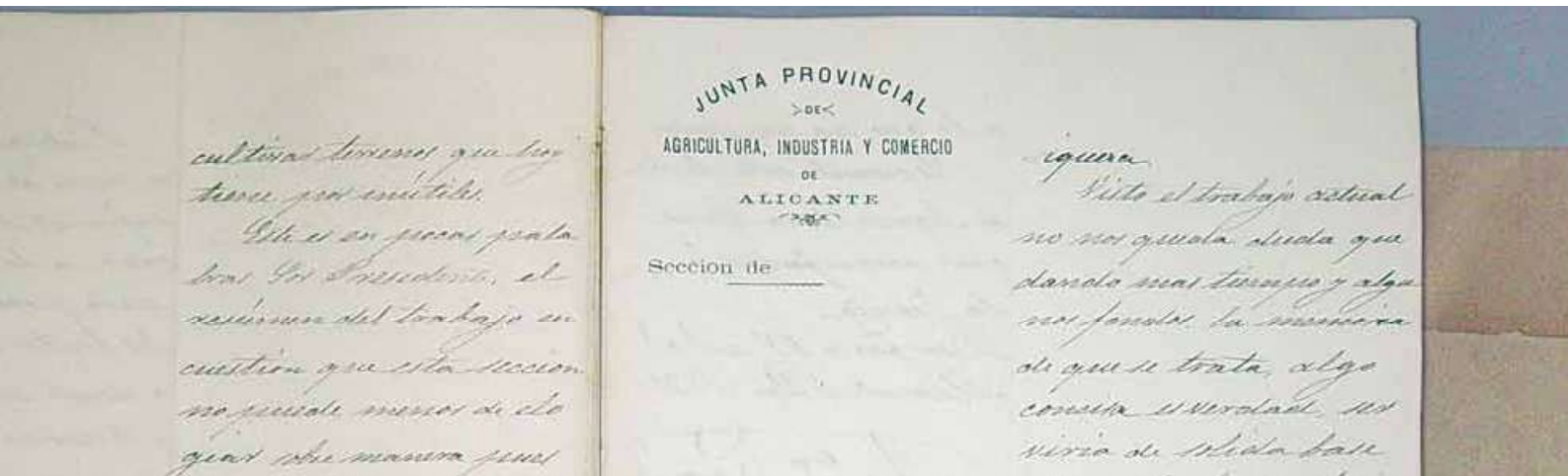
La provincia de Alicante se encuentra en la costa este de la península Ibérica, limita al oeste con las provincias de Murcia y Albacete, al norte con Valencia y al este con el mar Mediterráneo. Es la provincia más meridional y menos extensa de la Comunidad Valenciana (16,94% de su territorio), con una superficie de 5.817,5 km². No obstante, es la cuarta provincia más poblada del país, con 1.891.477 habitantes en 2008, y la más densamente poblada de la Comunidad Valenciana. Su capital es la ciudad de Alicante, cuenta con 24 municipios de más de 20.000 habitantes, siendo de las provincias españolas que presentan mayor grado de urbanización. Comprende las comarcas de El Comptat, L'Alcoià, el Alt Vinalopó, el Vinalopó Mitjà, la Marina Alta, la Marina Baixa, L'Alacantí, el Baix Vinalopó y el Baix Segura.

La provincia de Alicante cuenta con un clima mediterráneo árido, que presenta temperaturas suaves a lo largo del todo el año y lluvias escasas, concentradas en los periodos equinocciales. La temperatura media anual es de 17,8°, siendo los inviernos suaves y los veranos calurosos. Las precipitaciones son de 336 mm anuales de media, siendo septiembre y octubre los meses potencialmente más lluviosos, pudiendo desencadenarse en ocasiones lluvias torrenciales provocadas por el fenómeno de la gota fría, que pueden causar severas inundaciones. Por término medio, al año sólo hay 37 días lluviosos mientras que las horas de sol son 2.864.

El relieve de la provincia es bastante montañoso y accidentado, a excepción de algunos valles fluviales situados al sur. Sus montañas forman parte del sistema Bético y forman varias cadenas paralelas, dirigidas de suroeste a noreste, entre las que se encuentran las sierras de Mariola, de

la Carrasqueta, de Crevillente, de Salinas, del Maimó, del Cid o de Bernia. Las zonas llanas corresponden, sobre todo, a la zona sur-sureste, donde confluyen las tierras bajas de dos valles, el del Segura y el del Vinalopó, formando un espacio de vega y huertas. Cabe destacar, en este sentido, que la provincia de Alicante únicamente cuenta con un curso de agua significativo, el río Segura, que tiene sus últimos 36 km de recorrido en el sur de la provincia, en la comarca de la Vega Baja. El río autóctono más importante es el Vinalopó, que atraviesa Villena, Elda y Elche. Ambos son ríos con regímenes fluviales intensamente antropizados, con alto grado de regulación y con graves problemas de contaminación en sus tramos bajos. Desde el punto de vista de la administración hidráulica, las tierras de la provincia de Alicante pertenecen a dos cuencas hidrográficas distintas: la del Segura y la del Júcar.

La benignidad del clima y la buena calidad de la tierra se ven contrarrestadas por la escasez de recursos hídricos, que se convierte en el principal factor limitante del desarrollo agrario. No es extraño, por lo tanto, que la preocupación por la cuestión de las aguas haya estado presente en los pobladores de estas tierras a lo largo de la historia. En efecto, la mayor parte de las tierras alicantinas presenta un acusado predominio de pluviometría insuficiente para la práctica de la agricultura. Este hecho ha conferido al agua un importante valor ya desde las primeras ocupaciones humanas. Romanos y sobre todo árabes utilizaron los exiguos caudales de los ríos con el fin de aumentar los rendimientos de las tierras que mejores condiciones topográficas, edáficas y térmicas presentaban. Cuando se realizó el dominio y la repoblación cristiana en la Baja Edad Media, las tierras



3. Historia de la agricultura alicantina - 3.1 Rasgos generales

que más se valoraron fueron las que se beneficiaban de aprovechamiento hídrico, que ya en estas fechas constituía la base de la economía regional. El alto valor que adquiere el agua para el riego hizo que los agricultores se agruparan en comunidades de regantes y se dictaran normas para establecer un perfecto reparto y uso de los recursos disponibles. Esta temprana conciencia de que el agua es un bien escaso y valioso se afianzó aún más en los siglos siguientes, especialmente en el siglo XVIII, gracias a los trabajos de insignes fisiócratas e ilustrados. Es de destacar, en este sentido, la obra de J. Cavanilles titulada **“Observaciones sobre Historia Natural del Reyno de Valencia”**. En ella señalaba:

“Las huertas presentan jardines perpetuos que reúnen lo útil y agradable, en donde se suceden las cosechas sin pérdida de tiempo. Para facilitar el riego se anivelan las superficies de los campos, haciendo gradas cuando es mucha la desigualdad del terreno... Para regar las huertas, los valencianos ponen a contribución todas las fuentes y los ríos: algunos de éstos quedan secos antes de llegar al Mediterráneo, por los abundantes canales que les sacan. Ni se contentan con aprovechar todas las aguas de las fuentes; registran las entrañas de los montes y cerros sin perdonar fatigas y gastos para descubrir su origen, y aumentarlos con excavaciones y conductos subterráneos: taladran montes, levantan arcos para sostener acueductos, construyen depósitos o pantanos en el fondo de los barrancos para recoger las aguas de las lluvias...”

También destacaba Cavanilles los esfuerzos realizados por los agricultores para poner en cultivo zonas pantanosas, como fue el caso de la bonificación protagonizada por el cardenal Belluga en los marjales de la Vega Baja del Segura y en otras zonas húmedas de la provincia.

En definitiva, los habitantes de Alicante en todas las etapas de la historia han tenido que ingenárselas para hacer una utilización provechosa de los recursos hídricos disponibles. Unas veces derivando las aguas de los cursos continuos alóctonos, otras disponiendo de los débiles caudales de las fuentes o sacándolos de las entrañas de la tierra llegando a profundidades cada vez mayores. Cuando por ninguno de estos métodos se podía captar agua, se ordenaron las laderas montañosas en graderíos, a fin de retener en el suelo durante más tiempo las aguas de lluvia, e incluso se dispusieron bancales para facilitar el paso de los sobrantes de uno a otro. En situaciones límite, se recurrió a captar estas aguas espasmódicas conduciéndolas hasta cisternas y aljibes para crear unas reservas con las que poder atender las necesidades en los momentos de penuria. Con todo, la escasez de recursos hídricos se fue agravando con el paso del tiempo, sobre todo en las comarcas del sur. Se recurrió entonces a buscar recursos en las tierras vecinas. De esta manera surgieron las ideas para trasvasar aguas de unas cuencas a otras, resultando en esta tarea los ilicitanos pioneros. Esta búsqueda permanente de recursos dio lugar a multitud de proyectos, entre los que cabe destacar el intento de construir, en el siglo XV, un trasvase Júcar-Vinalopó o la construcción en los siglos XVI y XVII de una serie de embalses que no tiene parangón en la Europa de aquel tiempo, de los que son muestra los pantanos de Tibi (1580) y los de Elche, Elda y Petrer cons-



Rasgos generales

truidos en el seiscientos. También fue temprana la explotación de recursos subterráneos, proliferando los alumbramientos de pozos artesianos, lo que mermó los manantiales hasta su extinción.

En la actualidad, todos los recursos disponibles resultan insuficientes para atender todas las demandas de la provincia de Alicante. Los regadíos se ven en la necesidad de competir con otros usos y adolecen de caudales para el riego, a pesar de haber protagonizado los mayores esfuerzos para ahorrar recursos.

La insuficiencia crónica de recursos hídricos superficiales y la intensificación de la demanda producida durante la segunda mitad del siglo XX provocaron el creciente empleo de aguas subterráneas. En la Comunidad Valenciana, Rico (2002) estima que alrededor del 55% de la superficie regada satisface sus necesidades de agua a partir de la explotación de acuíferos. La generalización de los bombeos excesivos ha abocado a un régimen de sobreexplotación a muchos acuíferos, con descensos acusados de los niveles piezométricos y salinización de los recursos almacenados, bien por intrusión de agua marina o por la invasión de frentes salinos triásicos. Por otra parte, en sistemas con superficies permeables que afloran en zonas de agricultura y ganadería intensivas es frecuente encontrar procesos de contaminación difusa por nitratos, cloruros, sulfatos, carbonatos, metales pesados, etc. que superan los límites establecidos por diferentes directivas comunitarias. Así, por ejemplo, la unidad hidrogeológica de la sierra de Crevillente está dentro de las 15 unidades hidrogeológicas sobreexplotadas de España (Plan Hidrológico Nacional, 2001). La economía de

las aguas subterráneas se ha resentido por la desmedida extracción, dando lugar a graves problemas de salinización, por lo que muchas de estas aguas carecen de condiciones para el riego y hay que recurrir a su mezcla y al cultivo de plantas resistentes.

La escasez de agua provocada por las secuencias de sequía de 1981-1984 y 1991-1996 animó toda una serie de iniciativas para la obtención de recursos no convencionales, que incluía la reutilización de residuales y la producción de aguas desaladas. Las iniciativas de reutilización más destacadas de España se encuentran precisamente en las comarcas alicantinas. Por su parte, la producción de aguas desaladas es otra fuente no convencional que está adquiriendo interés creciente en las comarcas de Alicante próximas al litoral mediterráneo, con un claro dominio de los sistemas de ósmosis inversa (Prats, 2004).

La competencia de la actividad agraria con otros sectores productivos (industrial, residencial y recreativo principalmente) ha ido en aumento desde la década de 1990 hasta la actualidad. Cabe señalar que, por la incidencia de factores ecológicos y de ocupación histórica del territorio, las principales áreas regadas de la Comunidad Valenciana se encuentran en las planas costeras, planteándose una dura competencia con otros sectores económicos como el turismo, en lo que constituye el llamado espacio útil valenciano (Roselló, 1990). La destrucción de suelo agrícola para fines urbanísticos e industriales es un fenómeno constatable tanto en las zonas costeras como en el interior. Otro hecho añadido es que los regadíos tradicionales se hallan en franca regresión en las huertas históricas, debido a su



3. Historia de la agricultura alicantina - 3.1 Rasgos generales

proximidad a ciudades y áreas metropolitanas con importantes dinámicas de expansión (Rico, 2002). Debe tenerse en cuenta, en este sentido, que el crecimiento de los núcleos de población ha sido muy notable desde los años 1960 y este aumento ha sido particularmente intenso en los últimos veinte años. Ha sido un crecimiento basado en la industrialización y en el desarrollo terciario, sobre los que ha confluído una importante edificación turístico-residencial en la franja costera.

La superficie imponible de bienes rústicos en la provincia fue, en 2003, de 575.057 ha y el número de parcelas rústicas era de 427.593. El total de la superficie provincial cultivada, en 2004, ascendió a 221.910 ha, siendo el regadío de la provincia de 113.791 ha, lo que supone algo más de la mitad de las tierras de cultivo (51,3% del total). En la provincia de Alicante destacan los cultivos de frutales, cítricos, olivar y viñedo; con un peso porcentual del 25, 22, 20 y 15% respectivamente sobre el total cultivado (Generalitat Valenciana, 2005). La superficie dedicada a hortalizas y cereales es menor suponiendo en ambos casos un 7%. La distribución de estos cultivos no es homogénea por comarcas, sino que se pueden señalar diferentes zonas de especialización agraria. En las comarcas de El Comptat, L'Alcoià y Alt Vinalopó predomina el olivar; en el Vinalopó Mitjà el viñedo; en las de la Marina Alta y Baixa, los cítricos en la primera y cítricos y frutales en la segunda; en L'Alacantí y Bajo Vinalopó los frutales; y en el Bajo Segura los cítricos y hortalizas. Los cítricos en esta última comarca comprenden las dos terceras partes del total provincial. Los cítricos cultivados en la provincia de Alicante suponían, en 2004, 35.480 ha. En cuanto a los frutales, el cultivo mayoritario es el almendro, con 31.589 ha, que ocupa las

tres cuartas partes de la superficie provincial; el cultivo del granado también destaca, con un 5% en el total provincial. También es importante el cultivo de hortalizas, con un total de 10.797 ha en la provincia, de las que el 77% se localizan en las comarcas de la Vega Baja y del Bajo Vinalopó, destacando la alcachofa y el melón.

3. Historia de la agricultura alicantina - 3.2 Evolución histórica

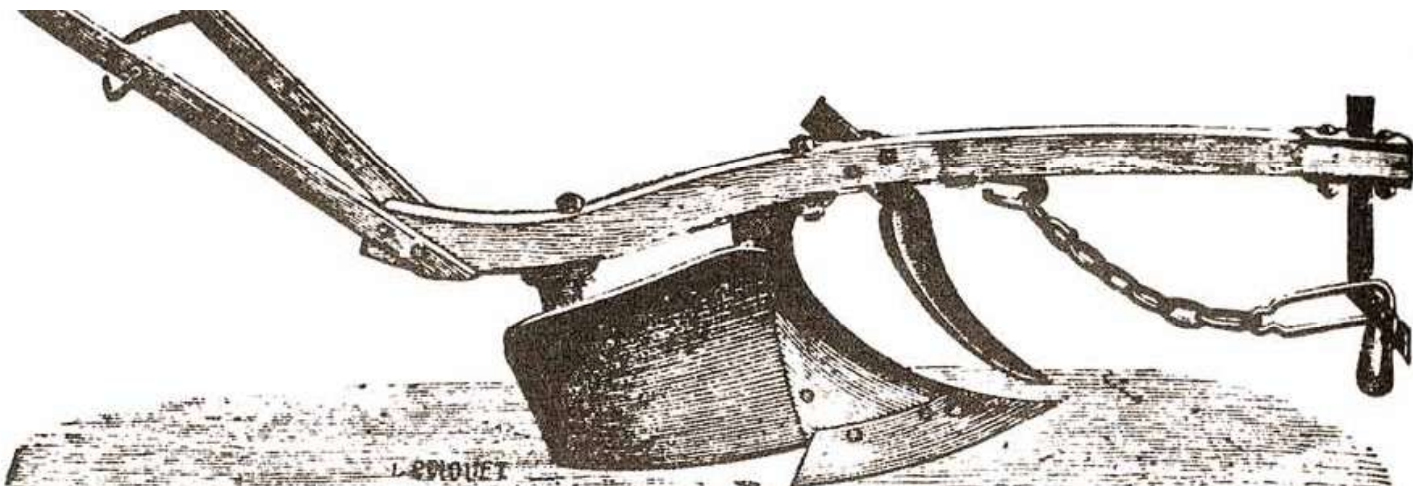
Con la aparición de la agricultura y ganadería, en el Neolítico, se produjo un incremento notable de la población asentada en la provincia de Alicante. De este lejano pasado nos han quedado yacimientos en cuevas aisladas como la Coveta de l'Or con una antigüedad datada de 4.560 a.C.; de este tiempo, también se han encontrado restos arqueológicos en cuevas-pobladas, como la Casa de Lara en Villena. En el Eneolítico, los hallazgos arqueológicos encontrados nos sitúan con una relativamente elevada densidad de población en la zona. El asentamiento en llano introdujo poblados con cabañas construidas con troncos de árboles, como ocurre en Figuera Redona, junto a la ciudad de Elche. En esta época, las zonas de ocupación se redujeron a tres áreas siguiendo el curso de los ríos de Alcoy, Vinalopó y Segura. Precisamente esta tendencia a vivir en tierras bajas y llanas, próximas a los ríos, estuvo condicionada por el gran peso y la importancia que la agricultura desempeñaba.

En el periodo ibérico existió una gran preferencia por los lugares elevados de difícil acceso y fácil defensa. Es la etapa del yacimiento de l'Alcúdia de Elche o el Tossal de Manises (Alicante). Precisamente, los orígenes del asentamiento urbano en la huerta y alrededores de Alicante se remontan a estos poblados iberos. También hay evidencia arqueológica de la construcción de factorías comerciales fenicias (el Palmeral de Elche y los Baños de la Reina en Campello son muestras de ello). Por su parte, los colonos griegos de Asia Menor tomaron como referencia el monte Benacantil, llamándolo *Akra Leuka* ("pico blanco"), y pudieron ser los primeros en valorar las posibilidades que ofrecía como asentamiento militar su cima, si bien no hay certeza de su edificación hasta que Amilcar Barca situó allí su principal acuartelamiento poco antes de la Segunda Guerra Púnica.

Con todo, fue el proceso de romanización el que mayor impronta ocasionó en las tierras de la provincia. La romanización abarcó desde la primera mitad del siglo I a. C. hasta mediados del primer milenio de la era cristiana. Durante esta etapa se produjo un progresivo abandono de los cerros y se procedió a la ocupación sistemática de los llanos, lo que nos habla de la importancia que de nuevo adquirió la práctica agrícola. Es la época de Lucentum y de Ilici. Una característica fue la multiplicación del poblamiento rural con la creación de numerosas villae y centuriaciones.

Al igual que ocurrió con gran parte de la península Ibérica, estas tierras se vieron afectadas por la llegada masiva de pobladores procedentes del norte de África, que las convirtieron en territorios musulmanes. Algunos términos y topónimos dan cuenta de esta influencia y de la vocación agraria de los nuevos pobladores, que se sintieron atraídos por la existencia de tierras que eran fácilmente cultivables. Es el caso de los derivados de *Guad* (río), *Albufera* o *Bufera* (laguna), *Atzúvia* (torrente); también han quedado evidencias relacionadas con la vegetación y los cultivos: *Albatera* (plantas, pimiento), *Agres* (plantación o sembrado reciente), *Algorfa* (granero), o los que indican la presencia de flores (Almunia, Monóvar). Durante el tiempo de dominación musulmana, la ciudad pasó a llamarse *Al-Laqaant* o *Medina Laqaant*, que significaba "ciudad vieja" (obsérvese que el topónimo valenciano es Alacant).

Durante la Reconquista cristiana, las tierras de la provincia presentaron fases relacionadas con la expansión peninsular de las dos grandes formaciones políticas hispánicas: Aragón y Castilla. Durante el siglo XV,

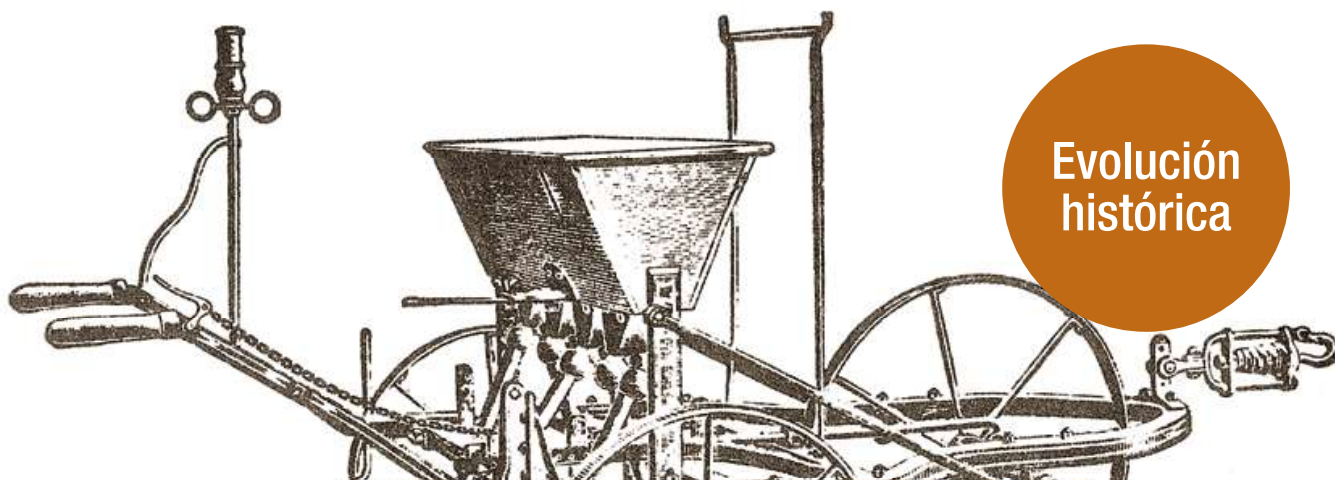


3. Historia de la agricultura alicantina - 3.2 Evolución histórica

Alicante continuó creciendo y una próspera agricultura orientada hacia la exportación (vino, frutos secos, esparto) impulsó un notable desarrollo del puerto de la capital, que se convirtió durante la Edad Moderna en el más importante del Reino de Valencia y propició el asentamiento de colonias de comerciantes extranjeros que imprimieron un gran dinamismo al tráfico mercantil. El puerto de Alicante se convirtió, además, en el principal punto de salida de los productos de La Mancha y en un eficaz redistribuidor de algunos productos coloniales y de salazones llegados del norte de Europa. La repoblación cristiana coexistió con la presencia de la población musulmana, hasta que en el siglo XVII se produjo la expulsión de los moriscos, téngase en cuenta que alrededor del 40% de la población provincial era de religión musulmana. Éstos se encontraban socialmente marginados y su distribución geográfica era bastante desigual, concentrándose principalmente en el Valle del Vinalopó, en importantes morerías como Elda, Monóvar, Novelda, Aspe, Elche y Crevillente, así como en otras de relativa importancia en el norte de la provincia: Guadalest, Cocentaina, Muro, Benilloba y Valle de Gallinera. La expulsión de los moriscos, en 1609, produjo un gran vacío demográfico, prácticamente absoluto en algunas de las comarcas mencionadas, siendo su efecto menor en los núcleos donde predominaban los cristianos viejos como Orihuela, Alicante, Alcoy y Villena. Muchos de los antiguos núcleos moriscos quedaron despoblados, lo que provocó una crisis económica que el Estado trató de mitigar fomentando en estas zonas el asentamiento de nuevos colonos cristianos. La repoblación fue lenta y difícil, sobre todo en las tierras montañosas debido a la escasa productividad de las tierras, lo que suponía un escaso estímulo para los nuevos pobladores. Fue el caso de los valles de Gallinera, Ebo y Laguar.

Con la reconquista definitiva del Reino de Valencia, grandes extensiones quedaron bajo dominio señorial. Además de las villas y pueblos reales –es decir, libres como Orihuela, Alicante, Alcoy y Guardamar–, existían muchos lugares pertenecientes a aristócratas o a la Iglesia, fue el caso de los marquesados de Denia, Villena, Guadalest, Elche o Rafal; y los condados de Cocentaina o Elda. La expulsión de los moriscos incrementó poderosamente la acumulación de propiedad agraria en manos nobiliarias, de tal manera que creció en grandes proporciones el patrimonio rústico de la nobleza. Cabe señalar las duras circunstancias por las que atravesaron los repobladores, cuando a las exacciones señoriales se sumaron la incidencia de las plagas –como fue la mortífera peste de 1647–, los años agrícolas desfavorables y las levas para los conflictos militares. Con su habitual agudeza refleja Cavanilles el proceso de repoblación, al que se refiere de la siguiente manera:

“Para remediar estos daños [los de la expulsión de los moriscos] buscaron colonos, y rotos los tratados o encartaciones antiguas se hicieron nuevos pactos o capítulos de población. Las condiciones fueron más gravosas donde fue mayor el número de pretendientes, mejor la naturaleza y condición de los campos, y menor la bondad natural de los señores. Unos se contentaron con la octava o sexta parte de los frutos, otros con la quinta o cuarta, y algunos exigieron la tercera, reservándose además varios derechos como de almazara, lagar, horno, mesón”.



Evolución histórica

En definitiva, la actividad económica descendió fuertemente por la reducción demográfica y la situación no quedó restablecida hasta mediados del siglo XVIII. Fue precisamente a lo largo del siglo XVIII y primeros años del XIX cuando la fiebre roturadora consecuencia del crecimiento demográfico incrementó considerablemente la extensión de tierras explotadas. De esta expansión constituye un excelente ejemplo la colonización llevada a cabo en la Vega Baja del Segura, estudiada por el ilustre Rafael de Altamira. El poblamiento de la Vega Baja del Segura presentaba muchas dificultades por las inundaciones, la existencia de enfermedades epidémicas endémicas y los destrozos que el paso de ganados provocaba en los cultivos. El apoyo de los gobernantes y sobre todo del cardenal Belluga, en el siglo XVIII, dio lugar a nuevas poblaciones y a la incorporación de extensos terrenos antes abandonados al desarrollo agrícola. Para ello, se avenaron las tierras de aguas malsanas y se encauzaron para aprovecharlas para el riego. Con las Pías Fundaciones del cardenal Belluga se transformaron almarjales, en los que se fundaron las poblaciones de San Felipe Neri, Dolores y San Fulgencio. El establecimiento de colonos en ellas empezó en 1730, los nuevos pobladores provenían principalmente de Murcia capital y anejos, de Orihuela, Catral y Almoradí. Las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga en la Vega del Segura representaron la puesta en valor de más de 40.000 tahúllas de terreno pantanoso. Esta experiencia sirvió de modelo al duque de Arcos para emprender, en 1746, el saneamiento del carrizal de Bassa Llarguera, con unas 1.025 hectáreas en el término de Elche.

El aumento demográfico del siglo XVIII también significó el punto de arranque de la futura fragmentación parcelaria. Este fenómeno se vio re-

forzado en muchos lugares por las dificultades que ofrecía la roturación de suelos marginales, capaces de albergar únicamente cultivos arbóreos, con todos los inconvenientes que ello representaba habida cuenta de las necesidades de inversión que requerían a largo plazo. Con todo, el predominio de la pequeña y mediana propiedad en el catastro de rústica alicantino es un hecho tardío, referible, al igual que para las otras provincias valencianas, a la segunda mitad del siglo XIX.

La reforma agraria liberal puso fin a la pervivencia del Antiguo Régimen en el mundo rural. El fin del régimen señorial abrió la posibilidad para los colonos de la plena propiedad de las tierras trabajadas y las desamortizaciones eclesiástica y civil también propiciaron que éstos accedieran al pleno dominio de la tierra. La burguesía también resultó beneficiada por el proceso de desamortización y consecuencia de ello fue la aparición de algunas fincas de grandes dimensiones. Por su parte, el proceso de disolución de la enorme concentración de propiedad nobiliaria se realizó básicamente entre 1850 y 1900, aunque en algunos lugares se mantuvieron residuos considerables hasta fechas recientes. Así, por ejemplo, a principios del siglo XX, algunos términos municipales completos de la Vega Baja del Segura seguían siendo propiedad de un solo propietario de origen noble: Formentera pertenecía al marqués del Bosch, Jacarilla al barón de Petrel, Rocamora al conde de Vía-Manuel y Algorfa al marqués de Algorfa.



3. Historia de la agricultura alicantina - 3.3 Espacio hecho de contrastes

El espacio alicantino conjuga los dualismos litoral/interior, llano/montaña, templado/continental, regadío/secano y todo ello con la intromisión de diferentes sistemas orográficos. El primer plano deslumbrante de las huertas ha escondido, en ocasiones, al resto de la provincia y conducido a una visión superficial que desconoce que estamos ante un espacio hecho de contrastes. Así, la luminosidad de la costa, sus suaves inviernos y cálidos veranos pueden significar una visión unilateral, simplificadora del clima de la provincia, que prescinde del extenso espacio interior de tierras altas. Dentro de los rasgos generales mediterráneos aparece una diversidad notable entre el litoral norte, más lluvioso, y el árido sur; entre ambos, la serranía alcoyana, con precipitaciones relativamente altas, supone una frontera acusada. Asimismo, la influencia del relieve y la distancia al mar originan otras diferencias térmicas y pluviales importantes, a veces incluso en pequeñas distancias. Tradicionalmente, los espacios llanos de la provincia han presentado un mayor valor económico que los espacios accidentados debido a su fertilidad, viabilidad y tradición pobladora; ello, sin embargo, no excluye la existencia de alguna contrapartida negativa –generalmente relacionada con la disponibilidad o no de recursos hídricos– que puede justificar intensas desigualdades en cuanto a su aprovechamiento agrario. Todo ello define un amplio abanico de variedades climáticas que significan también diferentes escenarios agrarios.

Es de destacar el absoluto predominio de los cultivos leñosos en la provincia de Alicante. Los frutales, los cítricos y el viñedo ocupan la mayor parte del suelo útil de la provincia. Desde la costa hacia el interior se produce una clara zonificación. Las comarcas litorales dedican la mayor parte de

su superficie cultivada a los frutales y los cítricos, acompañados en algunos casos de las hortalizas. Así, los cítricos dominan en el Marquesado y en la comarca meridional alicantina. Los frutales se extienden desde la franja costera hacia el interior, siendo claramente preponderantes en el centro de la provincia, donde ocupan más de la mitad de la superficie de cultivo. Los frutales se acompañan de olivos, con los que forman asociaciones en muchos casos o de viñedo en las áreas de contacto con la vid. El principal frutal de la provincia es el almendro y le sigue en importancia el algarrobo, los frutales de frutos frescos se hallan muy repartidos en comarcas más o menos especializadas en algunos de ellos (manzanos, cerezos, ciruelos, etc.) En las comarcas interiores, el viñedo predomina sobre los demás cultivos. Son las comarcas que están en contacto con los viñedos manchegos y murcianos, es el caso del Vinalopó. En el Marquesado los viñedos se aproximan al mar, combinados con frutales, fundamentalmente cítricos. Además, la provincia de Alicante cuenta con tres especialidades frutícolas, muy localizadas, pero que cubren la mayor parte de la producción nacional. Elche y el Bajo Segura ostentan la primacía de palmeras datileras y granados. E igualmente la mayor parte de la producción nacional de nísperos se producen en Callosa d'en Sarrià. En uva de exportación, Alicante también ocupa un lugar muy destacado de la producción nacional.

El contraste de las comarcas del interior con las del litoral es muy fuerte. En términos generales, los paisajes rurales de la provincia alicantina pueden adscribirse a tres grandes categorías de aprovechamiento del suelo: regadío, secano y monte.

Espacio hecho de contrastes

Los regadíos de la provincia de Alicante son el resultado de una evolución milenaria. Los distintos tipos de regadíos son consecuencia de adaptaciones y respuestas al medio físico y a la situación socioeconómica. Entre las condiciones naturales a las que deben someterse destacan las altas temperaturas, escasas lluvias y recursos de agua muy variables; entre los factores socioeconómicos sobresalen los mercados y las comunicaciones, las técnicas de riego, las innovaciones agronómicas y los sistemas de tenencia de la tierra, con predominio de la propiedad mediana y pequeña relativamente reciente.

En la provincia de Alicante podemos encontrar varios tipos de huertas. Existe la gran huerta con riego de pie y aguas relativamente abundantes procedentes del río Segura, dedicada tanto al cultivo de plantas herbáceas como al de frutales, en particular cítricos. La huerta semiarbolada, llamada "alicantina", es peculiar del litoral central (Huerta de Alicante, Campo de Elche y Villajoyosa), su principal característica es la limitación que supone para las prácticas intensivas la escasez de aguas, por lo que tradicionalmente se dedicaba a cultivos de secano, cuyo rendimiento se aseguraba con dos o tres riegos, a veces eventuales, y ocasionalmente se practicaban fórmulas de cultivo mixto de árboles espaciados y cereales que permitía reservar el agua para las hortalizas, con o sin frutales, y algún naranjal. En el litoral septentrional la huerta se convierte en "hort" o "tarongerar". En los valles interiores surgen discontinuamente "huertas arboladas", donde conviven frutales –con exclusión del naranjo– y plantas herbáceas.

La escasez de precipitaciones en buena parte de la provincia, unido al hecho de que éstas se presentan con elevada irregularidad interanual

e intensa evapotranspiración potencial, hace que el riego sea necesario no ya para la intensificación de cultivos, sino para asegurar cosechas cerealistas o de especies arbóreas de escasas exigencias hídricas. De ahí que los grandes regadíos deficitarios, auténticos campos regados en expresión de Antonio Gil Olcina –como la Huerta de Alicante o el Bajo Vinalopó–, sólo han podido extender sus espacios dedicados a cultivos exigentes (cítricos y hortalizas principalmente) cuando han dispuesto de aguas superficiales e hipogeas foráneas. Los cultivos intensivos sólo se han practicado tradicionalmente en torno a las corrientes alóctonas de importancia como el Bajo Segura. El afán por ampliar la superficie regada ha dado lugar a ingeniosos procedimientos para captar recursos, debiéndose las mayores expansiones al bombeo de aguas freáticas y a la regulación de corrientes fluviales, empresa esta última que cuenta en la provincia con hitos históricos como el pantano de Tibi. Ahora bien, aunque los gigantescos embalses son los logros más visibles y espectaculares, es de resaltar que el extraordinario crecimiento experimentado por el regadío desde mediados del siglo XX es consecuencia primordial del empleo de caudales hipogeos. La escasez de agua sufrida por estas tierras ha hecho de los trasvases un planteamiento multiseccular y de magnitudes crecientes.

La huerta tradicional no ha desaparecido del espacio provincial, si bien ha quedado reducida de manera acusada. Por tal se entiende aquella explotación que utiliza el agua de los viejos sistemas derivados de los ríos, que han mejorado los caudales recibidos gracias a la puesta en funcionamiento de los embalses modernos o por la complementariedad de los pozos. Es en esta huerta donde comenzó la transformación del viejo



3. Historia de la agricultura alicantina - 3.3 Espacio hecho de contrastes

policultivo y los cítricos ocuparon compactas extensiones de los regadíos del Serpis y Segura. En el policultivo antiguo los cítricos estaban dispersos y era reducido el volumen de la producción que se comercializaba. Las plantaciones exclusivas comenzaron a finales del siglo XVIII en la Vega del Segura (Orihuela), extendiéndose lentamente en el transcurso de la primera mitad del siglo XIX y después con rapidez hasta comienzos del siglo XX. Prosiguió la expansión, sobre todo en los años veinte y hasta la Guerra Civil. Tras el paréntesis de la postguerra y las dificultades de los cincuenta, de nuevo creció el ritmo de plantación durante toda la etapa desarrollista, centrándose, a partir de los sesenta, la expansión de la citricultura provincial en el limonero.

En efecto, desde mediados del siglo XX se desencadenó una auténtica “fiebre” del naranjo, con plantación de variedades selectas, que incluso treparon por las laderas de las montañas en costosos abancalamientos. Debe señalarse que el naranjal es el huerto de cítricos por extensión. Inicialmente, los cítricos ocuparon las tierras que eran más fácilmente transformables, ya que la transformación no requería gastos grandes e incluso en los primeros años era posible intercalar el cultivo de hortalizas, pero con el paso del tiempo se recurrió a otras en las que los trabajos eran muy costosos y exigían mayores avances tecnológicos. La expansión se realizó entonces en los llanos marginales, situados más altos que la red de acequias de los viejos regadíos. Quienes protagonizaron estos cambios eran propietarios con recursos o miembros de la burguesía urbana, en muchas ocasiones de ascendencia campesina, que querían rentabilizar sus inversiones y además obtener el prestigio social que conllevaba la propiedad de un huerto. Esto fue posible sobre todo a partir de los años cincuenta

y sesenta del siglo XX por el empleo en gran escala de maquinaria potente. Se dio paso, entonces, a una verdadera ola de transformaciones que enlazaban con los naranjales anteriores o daban lugar a nuevas zonas de explotación como ocurrió en las zonas litorales de Denia y la Marina de Alicante. La última zona de expansión de los grandes huertos de cítricos fue el sur de la provincia. Estas tierras fueron colonizadas mayoritariamente por el limonero y guardaron relación con las posibilidades que para el cultivo abrió el trasvase Tajo-Segura y la explotación sistemática de pozos. Se trata, en este último caso, de grandes extensiones unitarias, realizadas con fuertes recursos financieros y técnicos desarrollados por capitalistas, firmas exportadoras, empresas industriales y entidades financieras. Estos predios se han dotado con las más modernas técnicas, siendo particularmente reseñables los esfuerzos desplegados para ahorrar agua.

Los ágricos pasaron, en el transcurso del siglo XX, a convertirse en uno de los principales cultivos de la provincia componiendo paisajes de nítida estampa en los regadíos de la provincia de Alicante: Marquesado, Marina y Vega Baja del Segura. También es creciente la presencia de cítricos en los antiguos campos regados de Alicante y Elche. Desde mediados del siglo XX, la orientación cítricola de algunas comarcas alicantinas se ha consolidado y hoy se cuentan entre las principales zonas productoras del país: al sur, el Bajo Segura y, al NE, el Marquesado de Denia. En la actualidad, el cultivo de cítricos es, sin lugar a dudas, uno de los más característicos e importantes económicamente de la provincia de Alicante, cuya producción se exporta en un amplio porcentaje. Tras Valencia, Alicante era, a comienzos de los años ochenta del siglo XX, la provincia con más extensión de cítricos (38.597 hectáreas en la campaña 1983-84), cabe destacar que la Comuni-



**Espacio
hecho de
contrastes**

dad Valenciana y Murcia suponían en esa fecha el 81% del total nacional. La mitad de las plantaciones alicantinas eran naranjos y 18.480 hectáreas estaban ocupadas por limoneros, siendo la segunda provincia productora nacional, tras Murcia. Durante los años setenta y primeros ochenta, el mayor incremento de las plantaciones de cítricos se registró en la provincia de Alicante, siendo el limonero la especie que tuvo un crecimiento más generalizado. Las plantaciones de cítricos se localizan fundamentalmente en las comarcas estrictamente litorales, con leves incursiones hacia el interior, aprovechando valles, depresiones o corredores, casi siempre conectados con el litoral. El naranjo cubre casi en régimen de monocultivo muchos de los regadíos tradicionales del litoral, así como amplias superficies de glacis, piedemontes y laderas abancaladas contiguas a los primeros. Este paisaje agrícola es el que se desarrolla en la comarca del Marquesado, en el norte de la provincia. En la comarca suralicantina del Bajo Segura la citricultura también experimentó un fortísimo incremento, pero con características diferentes al resto de la región, tanto en especies como en morfología paisajística. Es esta la única comarca valenciana en la que el limonero alcanzó una acentuada mayoría. Su crecimiento ha sido fulgurante y se hizo fundamentalmente con la llegada de las aguas del trasvase Tajo-Segura, transformando antiguos secanos y tierras incultas. En la comarca del Marquesado el cultivo predominante es el naranjo, aunque también tiene importancia el mandarino.

El cultivo de “huertas”, en su sentido más estricto, supone el desarrollo de herbáceas diversas: cereales (ahora, casi exclusivamente maíz), hortalizas, tubérculos, bulbos y, más recientemente, flores. Se trata de producciones destinadas al comercio interior y de exportación, con variedades muy tempranas que le confieren una alta rentabilidad en los mercados. La

horticultura se practica en regadíos de características diversas y con sistemas de producción muy distintos. La huerta de tipo tradicional tuvo su origen en la segunda mitad del siglo XIX y a comienzos del XX cuando cambió el policultivo antiguo, con la desaparición de la sericultura, la morera y el cáñamo (sólo mantenido hasta fechas más recientes en el Segura) y de los naranjos dispersos, la lenta disminución del trigo y el desarrollo de las cosechas tempranas. El paisaje genuino es un mosaico de colores cambiantes según los cultivos que se desarrollan en cada momento, con varias cosechas al año. La propiedad está muy dividida y se trata de explotaciones de carácter familiar, llevadas a término en muchas ocasiones con fórmulas de trabajo a tiempo parcial. Este tipo de huerta tuvo un especial desarrollo en el Bajo Segura, con neto predominio de la alcachofa, mientras que la forma mixta de hortalizas y frutales es de tipo periurbano, sobre todo en Orihuela. La marjalería ocupa humedales y antiguas áreas palustres. Su forma más difundida es en pequeños bancales para hortalizas. Es un tipo de cultivo con origen musulmán que se afianzó en las zonas costeras y prelitorales. Sus cultivadores practican una auténtica jardinería, cuyo alto valor no puede desligarse, a efectos de balance económico, de la intensa acumulación de trabajo que requiere. Su progresión superficial se ha detenido en los límites de la pequeña explotación familiar y su futuro se halla amenazado por la nueva expansión hortícola en los antiguos campos regados y áreas de reciente transformación para cultivos forzados y extratempranos.

La huerta de carácter más tradicional ha dado lugar a variaciones más modernas fundamentadas en la utilización de las nuevas técnicas agronómicas y en la posibilidad de obtener nuevos recursos hídricos. Estas modernas huertas no ocupan grandes extensiones continuas, sino que aparecen salpicadas en aquellos parajes que tienen mejor suelo y fácil



3. Historia de la agricultura alicantina - 3.3 Espacio hecho de contrastes

acceso al riego. Muy destacable ha sido la fuerte ampliación de la superficie dedicada a las hortalizas en los antiguos campos regados de Alicante y Elche. Fuera de los palmerales ilicitanos, que están protegidos, y de las plantaciones de granados, que resultan rentables, de los antiguos cultivos que antes se desarrollaban en estos espacios tan sólo permanece el almendro, que ha ganado extensión, mientras que ha desaparecido la cerealicultura, y algarrobos y olivos no pasan de ser meras reliquias. Esta transformación sólo ha sido posible cuando han aumentado los recursos hídricos, lo que fue posible en el transcurso del siglo XX gracias a la elevación de los sobrantes del Segura y de las aguas de los azarbes, al bombeo de los caudales subterráneos y, por último, a la llegada de las aguas del trasvase Tajo-Segura. También merecen destacarse las nuevas explotaciones hortícolas del litoral alicantino, que han convertido, desde los años setenta, a los pobres secanos costeros en el escenario del subsector agrícola más dinámico de la región valenciana. El impulso del mercado y la posibilidad de tener agua abrieron paso a un nuevo proceso de cambio en los nuevos regadíos. Esta transformación se sustentó en la utilización de los sistemas más innovadores, basados en los riegos localizados y el cultivo bajo invernadero de cosechas hortícolas y florales fuera de época, de alta calidad y elevados rendimientos.

Las hortalizas se asientan preferentemente en las vegas bajas, de suaves inviernos y, donde el agua no es factor limitante, se consiguen cosechas de primor, fuera de época. Sin embargo, muchas de las tierras dedicadas al cultivo de plantas hortícolas presentan un importante problema de salinización debido a la mala calidad del agua que utilizan para el riego. Este tipo de agricultura, pese a la modernización que ha experimentado en sus técnicas de cultivo, exige una abundante mano de obra y la inver-

sión de cuantiosos capitales. La máxima novedad en este tipo de cultivo se produjo con la utilización masiva de balsas para almacenar los recursos hídricos y poder regar cuando el ciclo de la planta lo requiere y con la práctica del cultivo cubierto. Esta nueva agricultura ha tenido una extraordinaria expansión, aprovechando las excelentes condiciones que brinda el medio natural, siendo su principal factor limitativo las heladas por inversión térmica. Se obtienen así cosechas de hortalizas fuera de época, al tiempo que se aumenta la producción y la calidad de los productos. Esta agricultura ha alcanzado un notable desarrollo en algunas comarcas de la provincia, como es en el llano de La Horadada y en el litoral de Orihuela. También aparecen núcleos aislados de invernaderos en sectores regados del Bajo Segura y Bajo Vinalopó, Campo de Alicante y con mucha menor importancia en la comarca de La Marina. Al frente, la figura del cosechero-exportador que reúne la doble faceta de productor de hortalizas, frutas e incluso flores, y del comerciante que orienta estos productos hacia el mercado exterior. Esta figura ha cobrado una notable relevancia en la provincia, configurándose este agro-negocio como uno de los sectores más dinámicos del campo alicantino. Entre todas las producciones, dos son las que acaparan la atención de los cosecheros-exportadores: el tomate de invierno y la alcachofa, que son dos de los sectores líderes de la horticultura de Alicante.

El cultivo de la alcachofa se extendió rápidamente, a partir de 1959, hasta convertir a esta provincia en la principal productora del país. La tradición del cultivo de tomates es más antigua, se inició a finales del siglo XIX en la Huerta de Alicante con variedades del terreno (Mutxamel); el tomate "canario" para la exportación se introdujo a mediados del siglo XX y desde esa fecha ha colonizado las tierras de la provincia que se convirtió en la primera productora de España. El melón ocupa también importantes



Espacio hecho de contrastes

extensiones de las huertas de Orihuela, Elche y Alicante. Pero la reina de todas las hortalizas es, sin lugar a dudas, la alcachofa. Su principal condicionante es la disponibilidad hídrica. Este es uno de los aprovechamientos más importantes en los labrantíos del sur de la provincia de Alicante. Es un cultivo que se desarrolla en la huerta tradicional desde época árabe, pero fue, a partir de 1960, cuando pasó de ser un cultivo de regadío tradicional – en la Vega del Segura y en el Vinalopó- a cultivo en expansión en los nuevos regadíos litorales del campo del Bajo Segura. Al mismo tiempo, la crisis de la huerta tradicional –motivada por la escasez de agua y por los problemas derivados del minifundismo- y el alza de la demanda de productos hortofrutícolas en los mercados exteriores impulsaron a los grupos cosecheros-exportadores de la vega a implantar en el campo este cultivo, junto con el tomate y el melón, aprovechando unas condiciones del medio natural excelentes. Así, antiguas superficies cerealícolas o de arboricultura de secano (algarrobo y olivo) o simplemente ocupadas por monte bajo se han ido convirtiendo en soporte de los nuevos cultivos. Ahora bien, el aumento de la superficie destinada a la alcachofa no sólo vino de la mano de los nuevos empresarios, sino que también obedeció a su expansión en una zona caracterizada por la pequeña propiedad, en la llanura de La Horadada, en el sur de la provincia. En esta zona, la disponibilidad de aguas subterráneas y la necesidad de completar el año agrícola, ocupado primordialmente por el cultivo forzado, motivó a los agricultores a introducir la alcachofa como cultivo de invierno. Frente a la progresión de este cultivo en los nuevos regadíos se observa un declive en la vega y en el Campo de Elche, aunque las oscilaciones interanuales del área de plantío son muy fuertes y responden básicamente a la coyuntura del mercado.

Típico de las zonas más cálidas es el tomate de invierno, iniciado en la huerta de Alicante y muy extendido a partir de mediados del siglo XX con la variedad “canaria” por Novelda y el Bajo Segura. Se trata de un cultivo itinerante, que se lleva a cabo mediante el alquiler temporal de tierras por grandes compañías que controlan las redes de distribución del producto. Desde mediados de los años setenta, con la utilización de las nuevas técnicas para la desinfección del terreno y el empleo de semillas híbridas, se produjo una clara tendencia al cultivo continuo y a la adquisición de tierras en propiedad. Otros cultivos hortícolas frecuentes en los labrantíos alicantinos son pimientos, pepinos, melones, fresones y flores.

La flexibilidad agrícola de los regadíos costeros desaparece hacia el interior, al endurecerse el invierno por la continentalización y el incremento de la altitud. Las huertas tradicionales en los valles altos y medios de los ríos y de algunos cursos menores representan poco comparadas con las grandes transformaciones experimentadas con el uso de caudales subterráneos. Estas huertas del interior combinan reducidas plantaciones de prunáceas y pomáceas, que hoy se encuentran en decadencia, con bancales en los que el maíz le quitó la primacía al trigo. El contraste entre estas áreas y las de los nuevos regadíos es notable. De estos últimos cabe destacar los parrales y los emparrados para uva de mesa, que alcanzan auténtica categoría de monocultivo en amplios sectores del Vinalopó Medio. En los extensos glacis se han realizado notables transformaciones, a veces por grandes sociedades, dominando los frutales (manzano y peral sobre todo) y hortalizas (cebolla, zanahoria, judía, haba). La elevada demanda de agua generada por estas transformaciones ha originado una intensa sobreexplotación de acuíferos, que se hallan en la actualidad en gravísimo riesgo de agotamiento y contaminación salífera, amenaza que sólo podría conjun-



co Verde en 1666.

el mismo brasal de
e ancho de quexer a
dedos y tres quartos;
go desde el clavo que
món asta la punta de
nos, siete dedos y un
n Su largaria Con la
que está Echa para
imón está de ancho
i el quexer de dicha
ios, seis dedos..."

3. Historia de la agricultura alicantina - 3.3 Espacio hecho de contrastes

rarse reduciendo los débitos bombeados e incluso, si existiesen recursos suficientes, rellenando los depósitos con las anheladas aguas del trasvase Júcar-Vinalopó.

Por su parte, en algunos valles del interior de la provincia, como son los de la serranía alcoyana, en los que las lluvias son mayores y menor la evapotranspiración, los recursos hídricos son suficientes para cultivar frutales de ciertas exigencias y hortalizas, pero el invierno es demasiado frío para el naranjo. Las peculiaridades climáticas han dado lugar a la huerta arbolada, en la que se lleva a cabo un policultivo con frutales de pepita y hueso (manzanos, perales, ciruelos, etc.), trigo, maíz y hortalizas. Hay que hacer una mención especial a un cultivo que ha situado a la provincia de Alicante como la máxima productora nacional: el níspero. Se trata de un frutal de pepita que tiene su máxima representación en la comarca alicantina de la Marina, siendo Callosa de Sarriá el núcleo que aglutina más de la mitad de la superficie cultivada en plantación regular. Este es un caso de concentración espacial de un cultivo arbóreo de regadío, si bien se ha irradiado a otros núcleos cercanos. En relación con este cultivo aparecen los llamados campos doblados, en los que el níspero se asocia a otros árboles, generalmente cítricos.

Los campos regados ocupan una buena parte de la provincia de Alicante, son regadíos con agua escasa y cultivos de secano, en los que los recursos hídricos pierden su aleatoriedad natural al no depender exclusivamente de las precipitaciones, sino que se asegura un buen rendimiento con algún riego. Era frecuente este tipo de cultivo en las zonas más áridas del litoral: La Marina, Alicante, Elche y algunos valles próximos. En algunas de

estas zonas se mejoró la dotación de caudales con la construcción de embalses en los siglos XVI-XVIII. Algunas de estas obras, extraordinarias para su época de construcción, todavía están en uso. Para definir estos espacios se usa tanto la denominación de huerta (Huerta de Alicante) como la de campo (Campo de Elche). Con todo, el resultado en estas zonas es la escasez de recursos hídricos y el cultivo de plantas propias de secano (cereales con almendros, olivos, algarrobos, granados y en algunos lugares vid) y hortalizas para el consumo local. Tradicionalmente, buena parte de estos "campos regados" se dedicaban a la producción de cereales, pero desde finales del siglo XIX se observa un claro retroceso de los mismos, sobre todo de los panificables. Un caso que merece destacarse es el de las plantas industriales. Antaño tuvieron un papel primordial. La morera ocupó una gran extensión de tierras de la huerta de Orihuela hasta mediados del siglo XIX; igual sucedió con el cáñamo, que hasta mediados del siglo XX se producía en la provincia la mitad de la cosecha nacional. Un subtipo especial es el palmeral, que se adapta a aguas de cierta salinidad, que alcanza la máxima importancia en los alrededores de Elche, pero también en las proximidades de Orihuela, Crevillente e incluso en el sur de Alicante. Es de destacar el esfuerzo realizado por los agricultores de estos espacios deficitarios para hacer llegar a sus predios el agua con la que asegurar sus cosechas. Así, se recurrió a elevar los sobrantes desde azarbes y la desembocadura del Segura por sociedades mercantiles como **El Progreso**, **El Porvenir** y **Riegos de Levante**, mediante el establecimiento de canales. También se llevaron a cabo iniciativas para explotar mediante pozos los recursos subterráneos. Ello propició que, en el transcurso del siglo XX, estos campos regados experimentaran una cierta evolución, aunque se ha mantenido el predominio fisonómico del arbolado. Así, algunos cultivos arbóreos fueron ganando



protagonismo en el regadío alicantino: ciertos frutales han cobrado importancia en tanto se producía la decadencia de otras especies otrora relevantes como eran olivos y algarrobos. De todos, el que mayor crecimiento experimentó fue una especie de secano, que ya era conocido en las huertas de Alicante, Bajo Vinalopó, Albuera y Villajoyosa: el almendro. Se buscaba con esta ubicación en regadío un incremento de los rendimientos. También el manzano creció en los secanos húmedos de la provincia, sobre todo en el Alto Vinalopó. Los perales también ocuparon algunas extensiones del Vinalopó y alrededores de Alicante. Asimismo, han surgido extensos viñedos para uva de mesa en el Vinalopó Medio y en algunas zonas del campo de Alicante.

Para finalizar el comentario referido al regadío provincial, merece hacer referencia a los regadíos con turbias. Son una clara herencia del pasado, que ahora resultan una rareza, pero que, en otros tiempos, alcanzaron una amplia difusión en algunas comarcas de la provincia. Ni que decir tiene que, en la actualidad, estos regadíos han perdido toda significación económica. Nos queda, sin embargo, la impronta paisajística de las terrazas en ladera, una de las modalidades, en las sierras costeras y prelitorales alicantinas, donde a veces los bancales, en vertientes de acentuado declive, se estrechan en banquetas de dimensiones inverosímiles. Sin desconocer antecedentes moriscos, es innegable que la formidable expansión superficial de los aterrazamientos tradicionales fue un fenómeno del siglo XVIII, como atestiguó Cavanilles, y del siglo XIX, coincidiendo con la reducción a cultivo de montes desvinculados o desamortizados. Hoy estos abancalamientos, cultivados hasta mediados del siglo XX, han sido abandonados e invadidos por el monte. Sólo han persistido las terrazas amplias de reducido declive

que conservan olivares, almendros y algarrobos. Ahora bien, no fue este el único sistema de captación de las aguas que escurren por las laderas en los aguaceros, también existen modalidades mixtas de boqueras y terrazas sangradores. A veces se trata de una densa red de diminutos canalillos que avenan la vertiente y concentran las aguas en la acequia que distribuye bancales escalonados o sin desnivel topográfico. Tampoco faltan altos y resistentes caballones que a pie de ladera represan las aguas y las encaminan hacia uno de los extremos. En las ramblas y barrancos alicantinos son multitud las boqueras y boquerones que antaño proporcionaban un suplemento hídrico, con frecuencia decisivo, a los cultivos típicos de secano. Cereales y arboricultura de escasas exigencias hídricas se transformaban así en un regadío eventual o en un secano regado gracias a los chubascos de otoño y primavera.

Ni que decir tiene que existe un notable contraste paisajístico entre secano y regadío en la provincia de Alicante, si bien éste presenta una intensidad variable en función sobre todo de las disponibilidades hídricas. Aunque los cultivos de secano ocupan la mayor parte de las tierras de la provincia, su importancia económica es mucho menor que la del regadío. La mayoría de los secanos provinciales entró en crisis a mediados del siglo XX, protagonizando sus habitantes un fuerte proceso de éxodo rural, al emigrar en busca de unas mejores condiciones de vida. Básicamente podemos hablar en la provincia de secanos arbolados, cerealistas y viñedos. La fisonomía del secano alicantino no ha permanecido inmutable con el tiempo; al contrario, en el transcurso del siglo XX se han producido importantes cambios. Hacia 1875 la cerealicultura era todavía el aprovechamiento más extendido, pero a partir de esa fecha ha ido progresivamente retrocediendo



3. Historia de la agricultura alicantina - 3.3 Espacio hecho de contrastes

ante el empuje del viñedo y sobre todo del árbol, por lo que en la provincia hay que hablar de la existencia de un auténtico secano arbolado. Tras la vid, los cultivos más extendidos son el almendro, el olivo y el algarrobo. De ellos, el almendro es el más joven, ya que no terminó de imponerse hasta bien entrado el siglo XX, pese a que el turrón alicantino, que ya tenía prestigio en el siglo XVI, fue un gran promotor de las plantaciones y desde el siglo XVII se exportaba almendra a Europa. En la actualidad, el predominio de plantas arbustivas y arbóreas es aplastante, de manera que secano equivale a la trilogía de vid, almendro y olivo, porque la cerealicultura es una actividad en continua decadencia. Este panorama se completa con ciertos frutales que se cultivan en los secanos húmedos del interior y con el algarrobo, ahora venido a menos, pero de gran importancia en las tierras de la provincia hasta entrado el siglo XX. En efecto, algunos cultivos del secano como son la vid, el almendro y el algarrobo alcanzan en la provincia de Alicante una importancia tal que no puede parangonarse con casi ninguna otra provincia española. La provincia de Alicante es una de las mayores productoras de vinos tintos, de uva de mesa, de almendras y de algarrobas de España.

La intensa presión demográfica en el siglo XVIII condujo a que las roturaciones masivas que se realizaron se dedicaran al cultivo asociado de árboles y cereales en espacios marginales, con ínfimos rendimientos y duro laboreo. Únicamente los bancales alargados situados sobre topografías muy accidentadas quedaron reservados exclusivamente para el árbol. Olivo y algarrobo fueron las especies que colonizaron las montañas. Más resistente al frío, el primero de ellos ganó las tierras interiores y escaló sus montañas, tal como sucedió en la serranía de Alcoy. El olivo ocupa una buena parte de la superficie de secano, siendo más residual su ubicación

en regadíos. Su máximo periodo de esplendor se produjo durante el siglo XVIII. La mayor parte del olivar de la provincia de Alicante se concentra en la llamada Montaña alicantina (Valles de Alcoy y la Hoya de Castalla) y en el Alto Vinalopó; le siguen la áreas serranas del Marquesado y de la Marina. En general, se trata de las zonas más interiores y de montaña. El olivar de la provincia alcanzó su máxima extensión hacia mediados del siglo XX, desde entonces atravesó una profunda decadencia. A partir de esa fecha, su cultivo quedó muy descuidado, los rendimientos cayeron y el abandono de las plantaciones cundió. Las instalaciones para transformar la aceituna no presentaban un panorama mejor: muchos establecimientos eran de carácter local y estaban equipados con medios técnicos anticuados. Hasta los años setenta, la regresión de las superficies fue relativamente limitada, pero a partir de esa fecha se aceleró el proceso de arranque y la sustitución por otros cultivos. Las plantaciones que subsistían lo hacían desatendidas y asumían una condición meramente residual. La situación comenzó a modificarse desde los años ochenta en que la existencia de unos precios más remuneradores para el aceite se vio acompañada por las halagüeñas perspectivas que abría la incorporación de España a la CEE y con ello los beneficios derivados de la PAC. Así se reavivó la estima hacia el olivar.

El algarrobo también ocupaba una superficie muy notable del secano alicantino y con su producción se atendía a la alimentación del ganado de labor. En general se cultivaba en plantaciones desordenadas o entremezclado con otros árboles. El mapa del algarrobo es un tanto complementario del olivo y se superpone perfectamente al del almendro, con un límite que está marcado por la altitud. En la provincia de Alicante se localiza en los secanos residuales de la costa, ya que su extremada mediterraneidad le

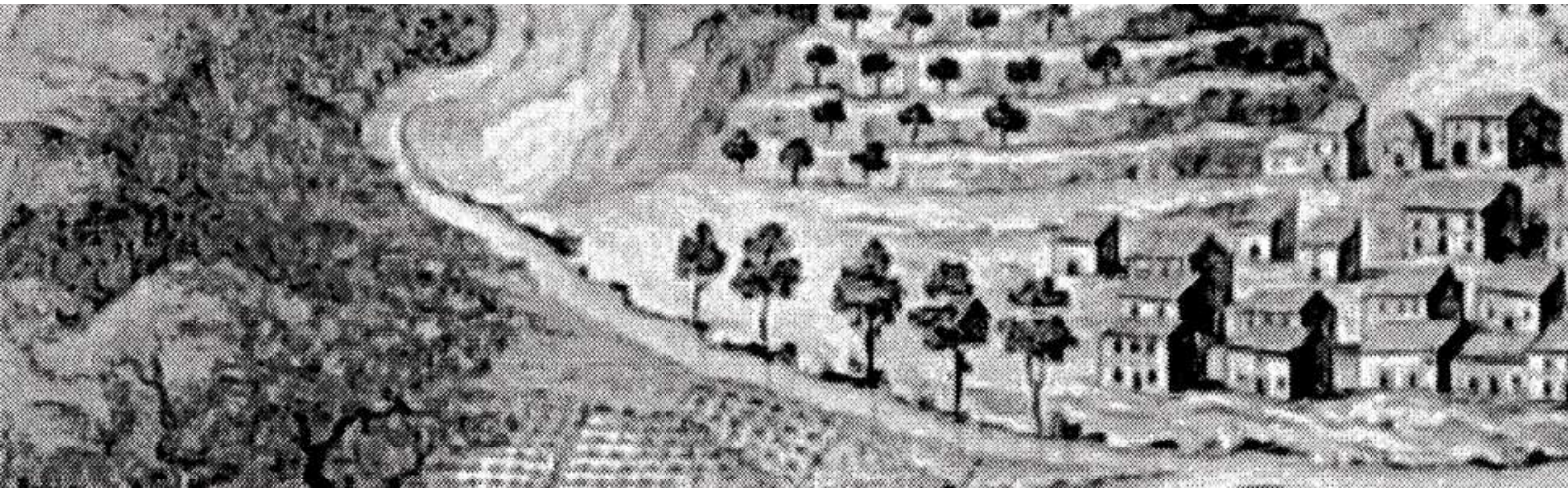


Espacio hecho de contrastes

lleva a huir de la continentalidad y la altura. Su decadencia en el transcurso del siglo XX ha sido evidente, cayendo presa del más absoluto desinterés desde que creciera el proceso de mecanización agraria y dejaran de utilizarse animales de tiro para las faenas. Así, las plantaciones de algarrobos quedaron completamente abandonadas y en trance de desaparición. En los últimos años, sin embargo, puede decirse que ha pasado del olvido a la revalorización. España es el principal cultivador de este árbol y también es el principal productor de garrofas y destacado exportador de ellas y de garrofín y sus derivados hacia la Europa comunitaria. La Comunidad Valenciana concentra alrededor de las 2/3 partes de la superficie y de la producción españolas, y la provincia de Alicante es la máxima productora nacional. La actual coyuntura ha variado y se abren interesantes circunstancias para este cultivo al calor de la utilización de la algarroba para fabricar goma de garrofín que se utiliza como estabilizante y espesante de los productos alimenticios y farmacéuticos, mientras que el germen se destina al enriquecimiento de los alimentos infantiles preparados. La cáscara se utiliza también para una amplia gama de aplicaciones industriales: materia colorante, curtiente, carbón activo y para destilación de esencias. Esto ha hecho que se detenga el arranque de algarrobos y vuelva a ser un árbol cuidado.

Mención especial merece el que, sin lugar a dudas, es el árbol alicantino por excelencia y, sin lugar a dudas, el más característico del secano provincial: el almendro. Se trata de un frutal con una especificidad claramente mediterránea, ya que tiene escasa exigencia hídrica, requiere primaveras benignas y adelantadas dada su floración precoz, por lo que el profesor Rosselló Verger señaló que sus límites provinciales tienen más que ver con la altitud que con la pluviosidad. Con todo, las especies tardías

pueden llegar a subir muy alto y situarse lejos del mar, como es el caso del Valle de Alcoy. El almendro había sido un árbol tradicional en los regadíos deficitarios, donde las prácticas intensivas se veían coartadas por la subdotación hídrica. En la huerta de tipo "alicantino" era práctica común el doble cultivo de almendros espaciados y cosechas de suelo, de riego más o menos eventual. La mayor rentabilidad conseguida con los almendros hizo que se pasara del descuido al cultivo esmerado, a la plantación única en su bancale y a la asignación de algún riego para mejorar los rendimientos. Este cultivo tuvo un avance arrollador, merced a su alta rentabilidad, reemplazando desde mediados del siglo XX a los olivos, algarrobos, viñedos en crisis y depreciados espartizales. Llegó a tener tanto empuje que invadió el secano cerealista y compitió ventajosamente con hortalizas y hasta con cítricos en los antiguos campos regados. A finales del siglo XX, las fuertes oscilaciones de sus cotizaciones frenó esa espectacular progresión. Durante muchos períodos fue un cultivo altamente remunerador por lo que ha vivido varias etapas de expansión, cabe destacar, en primer lugar, el auge experimentado desde finales del siglo XIX hasta la guerra civil. En 1933 ya había en la provincia 30.000 hectáreas de almendros, cifra que se mantuvo estancada, con algunos momentos de franca regresión, hasta finales de los años sesenta, en que inició un fuerte despegue que llevó a la provincia de Alicante a colocarse en el primer lugar de las zonas productoras del país, por delante de Baleares, Castellón y Murcia. A finales de los años setenta, vivió un momento de auge extraordinario como consecuencia del crecimiento de la demanda interior y exterior, destinándose el fruto a industrias de transformación que reportaban a los agricultores precios altamente remuneradores. En estos años, el almendro se convirtió en un excelente sustituto de algunos cultivos en crisis como eran olivar y viña moscatel; y,



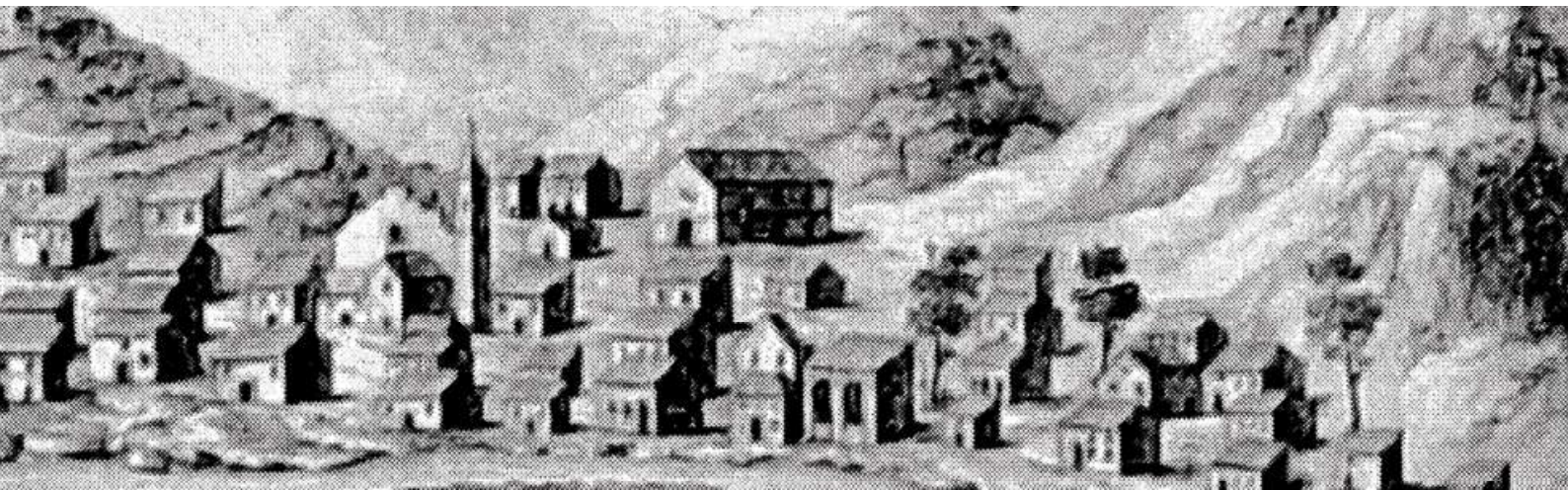
3. Historia de la agricultura alicantina - 3.3 Espacio hecho de contrastes

en general, una excelente alternativa para los secanos de la provincia, en especial para los no vitícolas. Su menor exigencia en mano de obra actuó de acicate en este proceso de sustitución y el resultado fue que proliferaron las plantaciones jóvenes de almendros, lo que lo llevó a convertirse en el árbol por excelencia del secano provincial, del que es el segundo cultivo, tras la vid. También es el segundo cultivo del regadío, tras los cítricos. En las zonas de la provincia en las que más abunda son en las litorales, destacando las comarcas del Campo de Alicante y la Marina, pero también el Bajo Segura y el Vinalopó Medio y Bajo. En las últimas décadas, incluso se ha plantado en los nuevos regadíos. Aunque en la provincia de Alicante se cultivaban muchas variedades, la dominante es la Marcona.

Exceptuando el almendro y el algarrobo, los demás frutales de secano se extienden en menor medida por la superficie provincial, si bien existía un sinfín de árboles diseminados. Se trataba fundamentalmente de manzanos, melocotoneros y cerezos, que se adaptaban bien a los secanos húmedos de zonas altas y frías, situándose su principal centro de producción en los Valles de Alcoy y aledaños. Las pomaredas de la zona de Alcoy eran predominantemente plantaciones jóvenes de la variedad “**Delicia**”, que también se encontraban en el Alto Vinalopó, la Hoya de Castalla y los valles del interior de Pego. El melocotón fue uno de los frutales que experimentó una expansión más tardía por la comarca alcoyana, mientras que los cerezos centraron su área de cultivo en los valles del NW del Marquesado, comercializándose sus frutos mediante cooperativas como las de Planes y Valles de Laguar y Gallinera. El cerezo es un cultivo tradicional que encuentra su hábitat más adecuado en los valles interiores más frescos y húmedos. Noticias de la dedicación al mismo se remontan a finales del siglo XVIII,

cuando aparecen en la obra de Cavanilles el valle de Gallinera y el de Planes como productores. Es un cultivo de secano, pero que encuentra su mejor ubicación en el dominio subhúmedo reinante en algunos valles del interior de la provincia, por lo que es frecuente la extensión del cultivo en regadío en algunos lugares con falta de humedad como el valle del Vinalopó. Los cerezos se cultivan en terrenos accidentados, con abancalamientos de ladera. El cultivo está en expansión desde los años setenta. Su distribución en Alicante se limita fundamentalmente a los valles del NO del Marquesado de Denia y los valles orientales de Alcoy, y están a la cabeza el valle de Gallinera y el valle de Planes, que acaparan más del 50% de la extensión alicantina del cultivo. Otras zonas se sumaron más tarde a las ya tradicionales en los valles del Vinalopó, pero en regadío.

La provincia de Alicante posee una gran tradición vitícola tanto en sus variedades para la transformación como en las destinadas al consumo directo, y se cuenta entre las mayores productoras de vino y de uva de mesa de España. Las características climáticas y agronómicas de la provincia –con existencia de terrenos calizos o margosos y accidentados, elevados valores de insolación y escasa humedad– explican la decidida vocación por el viñedo, siendo éste el cultivo de secano más importante de la provincia. Pueden distinguirse dos zonas de producción: la mitad montañosa occidental y el saliente litoral NE. La primera fue colonizada por la variedad monastrell, es productora de vinos y está integrada básicamente por el Alto y Medio Vinalopó. La segunda abarca la mayor parte del Marquesado de Denia y la zona de la Marina, y está especializada en el cultivo de moscatel, que llegó a ser un auténtico monocultivo a fines del siglo XIX, poco antes de que la crisis de demanda y las plagas del mildiú y la filoxera marcasen



el inicio del declive; a partir de ahí y hasta finales del siglo XX, experimentó una trayectoria decadente, retrocediendo en favor del naranjo y almendro.

Hasta mediados del siglo XVIII la vid era cultivada en todos los rincones de la provincia, pero sin rebasar en casi ninguna población los niveles de autoconsumo. No obstante, desde muy antiguo es posible encontrar algunas comarcas en donde el cultivo de la vid se hacía con una proyección eminentemente comercial. Tal era el caso, en pleno siglo XV, de muchos viñedos trabajados por moriscos en la Safor, la Marina y el Vinalopó, orientados en buena parte hacia la producción de pasas que, además de atender al consumo interno, eran exportadas a los mercados árabes del norte de África y del Oriente Medio. Otro tanto puede decirse de los vinos de Alicante, ya conocidos internacionalmente y exportados desde finales del siglo XV. Pese a lo dicho, una orientación generalizada hacia la viticultura comercial no tuvo lugar hasta la segunda mitad del siglo XVIII, con motivo de la gran demanda exterior de aguardientes. Iniciado el siglo XIX, decayó la demanda de aguardientes pero se incrementó de forma acelerada la de pasas, debido sobre todo al gran consumo de Gran Bretaña. Esta producción se centró en las comarcas de la Marina, el Marquesado y la Safor. Con todo el principal motor que propició una expansión sin precedentes del viñedo fue la gran demanda internacional de vino común que se produjo, en la segunda mitad del siglo XIX, como consecuencia de la crisis de producción europea provocada por la aparición de las plagas de oidium y filoxera. La crisis de oidium (1852-1862) afectó principalmente a las cepas de países húmedos, siendo mínimos los daños en los viñedos alicantinos. La filoxera, cuyo primer foco infeccioso se detectó en Francia en 1868, no llegó hasta los viñedos de la provincia hasta principios del siglo XX. Los

viñedos alicantinos se convirtieron, en el último tercio del siglo XIX, en el principal centro de la demanda mundial de vino común, con el consiguiente incremento de las exportaciones, alza inusitada y sostenida de los precios y oleada masiva de nuevas plantaciones. La expansión decimonónica del viñedo hizo de este cultivo el más extendido de todo el ámbito provincial, llegando a ocupar incluso grandes extensiones del regadío como la Safor y la Marina. Desplazó a otros cultivos como los cereales, el olivo y el algarrrobo, llegando a robar terreno al monte y al erial, escalando incluso fuertes pendientes montañosas mediante la construcción de terrazas en gradería. En definitiva, el viñedo fue para el siglo XIX lo que los cítricos para el XX. La plaga filoxérica, que comenzó en los primeros años del siglo XX, tuvo una propagación lenta pero inexorable y obligó al arranque de las vides de pie europeo y a su sustitución con pie americano resistente a dicha enfermedad parasitaria. La reconstrucción de viñedos fue solamente parcial, dado que la excelente coyuntura del siglo anterior había desaparecido. El empuje de los cítricos y del regadío en general expulsó al viñedo de estas tierras, y olivos y almendros ocuparon su lugar en los secanos. El proceso sirvió, no obstante, para afianzar algunas comarcas de especialización vitivinícola.

Hacia 1950, cuando se daba por finalizada la reconstrucción postfiloxérica, los viñedos se habían agrupado en una gran comarca de especialización situada en el interior de la provincia, localizada en la cuenca media y alta del río Vinalopó y que tenía una prolongación en la Hoya de Castalla. Dentro de este conjunto, que a comienzos de los años ochenta del siglo XX suponía entorno a las 40.000 hectáreas, cabe diferenciar dos unidades radicalmente diferentes entre sí. Una, corresponde al viñedo de mesa que se localiza de manera compacta en la cuenca media y reciben la



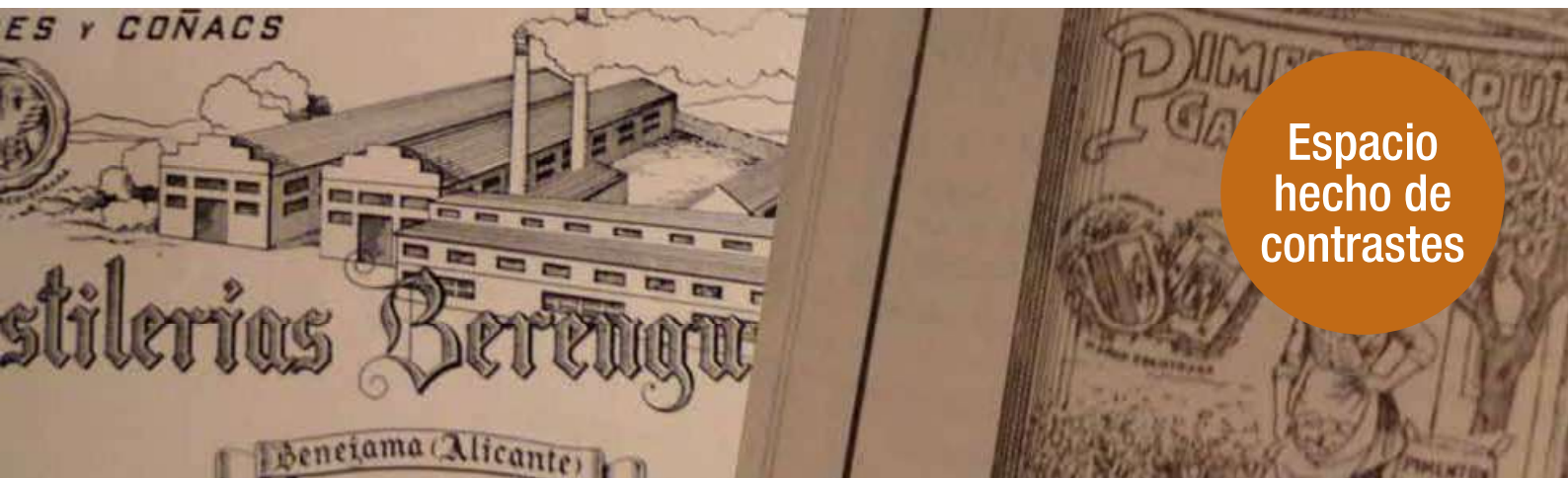
3. Historia de la agricultura alicantina - 3.3 Espacio hecho de contrastes

bonificación del riego, lo que le permite obtener unos altos rendimientos. La otra unidad corresponde al viñedo de transformación que se extiende por las zonas septentrional y occidental del Vinalopó y por la Hoya de Castalla. En estas los viñedos rara vez se encuentran en regadío y sus rendimientos son muy bajos. Predomina la variedad monastrell, cuyos vinos, de fuerte color tinto y elevada graduación, eran muy cotizados para mezclas. Tras la reconversión, el cultivo de la vid también se mantuvo por otras zonas de la provincia, pero su significación fue mucho menor. Así ocurrió con un viñedo histórico como era el situado en la Marina y en el Marquesado, donde se redujo de manera extraordinaria la superficie ocupada (de 30.000 hectáreas que había llegado a alcanzar a finales del XIX quedaban en 1983 unas 3.600). La variedad principal en esta zona era la uva moscatel dedicada tradicionalmente a la elaboración de pasas, en la década de los sesenta se comenzó a comercializar en fresco como uva de mesa y se utilizó también para la fabricación de mistelas.

La vid es un cultivo eminentemente comercial. Cabe señalar, al respecto, que ya en el siglo XV se exportaban vinos y pasas alicantinas a los países septentrionales. Algunos vinos alicantinos como el fondillón, la malvasía o el aloque cobraron desde muy pronto justa fama comercial y fueron objeto de exportación desde la más remota Antigüedad. La coyuntura más favorable que atravesó este cultivo se produjo en la segunda mitad del siglo XIX, a raíz de la destrucción de los viñedos franceses por la filoxera, lo que desencadenó una fuerte demanda francesa de caldos que dio lugar a una auténtica fiebre vitícola. Se multiplicaron las roturaciones y la sustitución de otros cultivos por cepas que se extendieron por toda la provincia. Hasta la década de los ochenta del siglo XIX, las salidas masivas de vinos de la

provincia con destino a Francia para encabezar los caldos franceses produjeron ingentes beneficios a los vitivinicultores alicantinos. Al mismo tiempo se produjo la eclosión del comercio pasero, centralizado en Denia y dirigido hacia Inglaterra y Estados Unidos. La crisis llegó a finales del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX, coincidiendo con la recuperación de los viñedos franceses y con la llegada de la filoxera a nuestras plantaciones. También desde 1890 los ingleses pusieron enormes trabas a las importaciones de pasas. La contracción del viñedo, máxima en los años de la I Guerra Mundial, resultó irreversible, concentrándose la producción vitivinícola en las zonas de la provincia que presentaban mayor aptitud para este cultivo y abandonando lugares poco adecuados en los que fueron reemplazados por otros cultivos como fue el almendro en los secanos. La uva para consumo directo continuó expandiéndose por los regadíos de la provincia, compensando la reducción que se estaba operando en los secanos.

En cuanto a la producción de vinos, se obtienen fundamentalmente de las variedades de uva negra o tinta, entre las cuales la más propia del país es la monastrell; en menor cuantía se cultivan ciertas variedades blancas. Los vinos rosados y claretes eran secos, de graduación moderada, aptos para la mesa. El rosado se producía en los valles del Vinalopó y Hoya de Castalla. Existían algunas especialidades locales destacadas como el Matola de Elche o el Vi arropat dulce de Beneixama (que ya son sólo un recuerdo). El añejo de crianza durante un tiempo fue desterrado, ya que muchas cooperativas prescindieron del tonel de roble. Por su parte, la producción de vino blanco tradicionalmente fue escasa, si bien desde los años setenta ha cobrado importancia la elaboración con moscateles. La elaboración de caldos progresivamente se fue realizando en régimen de



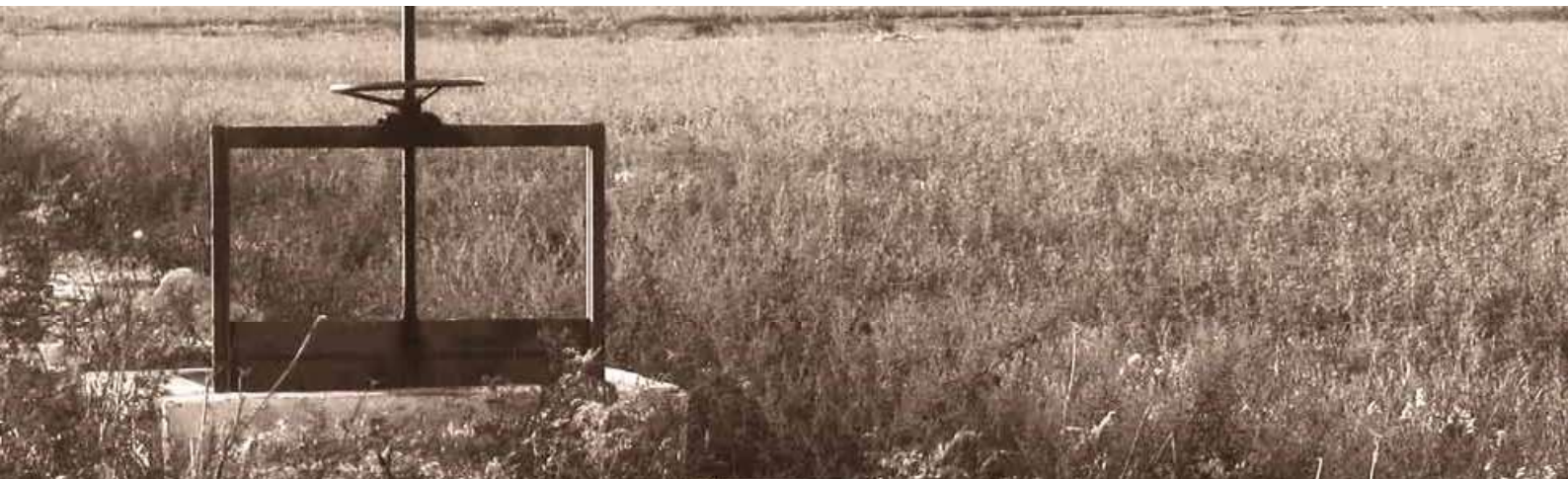
cooperativas, con la finalidad de evitar los frecuentes abusos por parte de los comerciantes, aumentar los beneficios de los agricultores y reactivar el interés del cultivo. Las primeras cooperativas fueron creadas por el insigne agrónomo Pascual Carrión en Sax y Castalla, en 1928, y en Monóvar, en 1930; poco después se creó la de Pinoso. Durante los años setenta, las mayores bodegas se ubicaban en Villena y Monóvar. En 1957 se creó el reglamento de la denominación de origen "Alicante", que regula la elaboración y venta de vinos protegidos por ese nombre, y que abarcaba dos zonas: la primera, para los vinos tintos, claretes, rosados y mistelas de color, comprendía la parte centrooccidental de la provincia; y la segunda era el área productora de mistelas blancas. En su mayor parte, el vino de la provincia de Alicante –a diferencia de lo que ocurre en la actualidad– se vendía a granel y se destinaba en gran medida para el consumo interno, siendo muy reducidas las cantidades que eran embotelladas en las bodegas locales y que sufrían procesos de añejamiento. A partir de los años setenta del siglo XX, ha cobrado importancia creciente el embotellado y la crianza, lo que ha dado origen a una nueva etapa de prosperidad para el sector. Existen renombradas bodegas de gran tradición, pero las cooperativas concentran el 90% de la elaboración. En la actualidad, el vino de la provincia ha dejado de ser el gran desconocido. La respuesta de los caldos de Alicante ha marcado una línea ascendente de calidad y ha hecho desaparecer la vieja imagen reflejo de tiempos mediocres en la que se vendían para proporcionar color a otras elaboraciones y como alcohol.

La principal zona de producción de la variedad moscatel se sitúa en el ángulo NE de la provincia, donde el moscatel romano da uvas selectas que se consumen en mesa o transformadas en pasas o mistelas. Las pasas

conocieron un gran auge en épocas pasadas. Las mistelas radican en la zona que comprende las localidades de Denia, Xabia, Benissa y Teulada, y son una bebida dulce muy apreciada como postre.

La uva de mesa tiene en el Vinalopó Medio su principal emplazamiento, se trata de un cultivo comercial ligado a las fluctuaciones de los mercados extranjeros. Hasta que se introdujo este cultivo, a comienzos del siglo XX, las tierras donde se implantó estaban dedicadas a cultivos de subsistencia. El cultivo se fue extendiendo desde el municipio de Novelda, donde se realizaron las primeras plantaciones, siendo su expansión muy fuerte desde 1960.

Los cereales y las leguminosas de secano han topado siempre con la escasez e irregularidad de las precipitaciones que hacían que sus cosechas fuesen extraordinariamente aleatorias. Con todo, su extensión fue considerable en las épocas en que la economía tuvo un componente más autárquico, alcanzando estas producciones una notable importancia de cara al autoconsumo. Sin embargo, a medida que la economía se mostró más abierta y orientada al mercado, estos cultivos declinaron, convirtiéndose en residuales. La cerealicultura, era, a mediados del siglo XX, el aprovechamiento abrumadoramente mayoritario no solo de los secanos sino también de los regadíos deficitarios. Sin embargo, a partir de esa fecha, experimentó un gigantesco retroceso, sobre todo en aquellas tierras que fueron transformadas en regadío, donde los cereales fueron sustituidos por otros cultivos más rentables. Allí donde persiste, siempre en topografías aptas para la mecanización, la cerealicultura ha conocido una reconversión radical. La aparcería, antes mayoritaria, ha sido sustituida por la explotación directa y todas las faenas han sido automatizadas.



3. Historia de la agricultura alicantina - 3.3 Espacio hecho de contrastes

En cuanto a las actividades pecuarias éstas tuvieron por lo general una escasa entidad en la economía alicantina, ya que las condiciones físicas, territorio agreste, aridez y escasos pastos naturales, imponían serios obstáculos para su desarrollo. El sector agrícola tampoco contribuyó a tal fin. La cerealicultura de secano, que antaño proporcionaba bastantes forrajes y barbecheras, fue cada vez más residual, mientras que los regadíos apenas se dedicaban hacia las plantas forrajeras. Las benignas condiciones térmicas, complementadas con el regadío, son factores decisivos que impulsaron a esta provincia hacia una especialización hortofrutícola; mientras que la aridez limitó los pastos naturales, al tiempo que los forrajes no eran los cultivos más rentables. Entre estos cultivos el más importante es la alfalfa. En consecuencia la provincia es bastante deficitaria en productos pecuarios, excepción hecha de los derivados de la avicultura. Lo más destacable de la evolución ganadera provincial durante el siglo XX hasta los años setenta fue el desarrollo del ganado de cerda y finalmente el considerable aumento del vacuno. La mayor decadencia se ha producido respecto al ganado de labor y al estancamiento del lanar, mientras que el caprino se ha sostenido. La cabaña bovina se cría en estabulación permanente, sobre todo en granjas situadas junto a los mayores centros urbanos, destacando la cabaña situada en el Bajo Segura. El ovino se explota con vistas sobre todo al abastecimiento de carnes, se trata de un ganado estante que vive alternando el pastoreo con algunas fases de estabulación, ya que las malas condiciones de los pastos naturales sólo permiten el sostén de puntas de ganado muy reducidas, que tienen que complementar su engorde a base de piensos. La raza más numerosa y típica es la segureña, que tiene su mayor centro productor de la provincia en el Bajo Segura. Los ganados caprinos se sitúan en las tierras de la provincia con una topografía más acciden-

tada y con ralos pastizales. Los ganados son pequeños y se orientan a la producción de leche. La provincia cría dos razas bien diferenciadas: la murciana que es la más numerosa y la blanca, que se orienta a la producción de carne. Por comarcas productoras destacan: Elche, Villajoyosa, Alicante, Orihuela, Elda, Villena, Alcoy y Denia. El ganado de cerda arroja el censo más numeroso. Ha sido desde siempre objeto de cría, ceba y matanza para el autoconsumo familiar. En la segunda mitad del siglo XX se crearon algunos criaderos-cebaderos industriales, dotados con técnicas modernas y cuidadosa selección. Las razas clásicas son el chato murciano y el alteano o del país. Con todo el predominio lo tienen las razas extranjeras y el principal centro productor de la provincia se sitúa entre el Bajo Segura y el Campo de Elche. Ni que decir tiene que la principal causa del descenso del ganado de labor radicó en la mecanización de las faenas agrícolas. Tradicionalmente predominaban los híbridos mulares, de tipo manchego, aptos para las labores de secano. El caballo solía ser hispano-bretón, andaluz o mestizo. Sus centros productores radicaban también en la Vega Baja. La avicultura ocupa un lugar importante en la producción final pecuaria. Hacia mediados del siglo XX, el gallinero rural, casero, suponía todavía el 60% de la población avícola. Predominaba la raza del país o gallina de Elche. Sin embargo, desde esa fecha, comenzó un fuerte incremento de los modernos complejos avícolas sobre la base de ponedoras selectas. Más tarde el sector se orientó hacia la cría de pollos para carne. Las principales comarcas avicultoras son el Bajo Segura, el Marquesado de Denia, Campos de Elche y Alicante y Valles de Alcoy. Con todo, en 1983, la producción ganadera suponía tan sólo el 8,9% de la producción final agraria provincial. Un valor mínimo tanto en el contexto regional como nacional (la media de la Comunidad Valenciana era de 16,6% y la de España ascendía a 40,4%).



Espacio hecho de contrastes

Para finalizar, hay que reseñar, aunque sea brevemente, que históricamente existió una íntima relación entre los sistemas de producción agrícola y los aprovechamientos del monte. Las áreas montañosas de los términos de realengo fueron, por lo general, adquiridas por los pueblos y los ayuntamientos interesados y se transformaron en bienes de propios y comunales, que luego fueron desamortizados. Por el contrario, los montes de señorío quedaron reservados al exclusivo disfrute de los dueños. Estos se vieron menguados por las roturaciones del siglo XVIII y tras la reforma agraria liberal, quedaron constituidos como grandes propiedades particulares. Las excesivas talas y la sobrecarga pastoril degradaron el monte. El encinar, que ocupaba una gran extensión del monte cercano al litoral, cedió a la acción humana, siendo sustituida esta especie por el pino carrasco, dejando como reliquias extensos sectores de monte bajo y otros más reducidos de cultivos con encinas. Únicamente en los sectores de más difícil acceso y carentes de posibilidades agrícolas han perdurado carrascales de cierta entidad. En las áreas costeras existen plantaciones de eucalipto y pinares. El abandono agrícola de espacios marginales, enteramente faltos de rentabilidad, y la desaparición o franca decadencia de una serie de aprovechamientos del monte (grana, plantas aromáticas, carbón vegetal, pastoreo, esparto) han facilitado la reforestación por el Estado o en régimen de consorcio. Aislados y desmedrados olivos y algarrobos revelan en la actualidad el pasado agrícola de estos montes. En todos los casos, el despoblamiento de las comarcas del interior, la gradual eliminación de la ganadería extensiva, el desaprovechamiento de un matorral anteriormente muy utilizado por la industria y el campesinado, las particulares características del monte mediterráneo y la especial incidencia de los incendios han supuesto la aparición de unas condiciones poco propicias para el desarrollo

agropecuario de estas zonas, que se han revalorizado, sin embargo, para otras actividades relacionadas con el turismo rural. ●